

# EVOLUCION DE LA DOCTRINA TACTICA DE FRANCO

por JUAN BARRIOS GUTIERREZ  
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

Desde el comienzo de su vida militar, hay en Franco una tendencia manifiesta a escribir sus reflexiones, en cuanto juzga que merecen ser conocidas.

Por ello, además de órdenes, comentarios o instrucciones, deja impresas sus experiencias personales en artículos de obras independientes —«Diario de una Bandera»— que compendian su visión y sus criterios de la guerra de Africa en la que ha intervenido, sobre lo que ha vivido y ha reflexionado; sobre lo que conoce bien y ha depurado con sentido crítico, en forma sencilla, sin pretensión de virtuosismo literario, ni aparato alguno. Como hará luego en el *Reglamento para el empleo táctico de las Grandes Unidades. Partes principales y análisis de las mismas* y con el *A B C de la Batalla Defensiva* (1).

Todas tienen carácter didáctico, preponderante, en las dos últimas hasta el punto de que buena parte de los comentarios que sugieren son similares. Estas dos obras, manantiales de enseñanza castrense, sugieren estudios monográficos parciales, entre los que podría destacar como más interesante el que extrajera de ellos alguna faceta de la compleja y peculiarísima psicología de Franco; precisamente porque, concentrado el autor sobre su objetivo docente, afloran aquéllas sin ganga y en superficie. El lenguaje empleado y la propia técnica expositiva, se utilizan como simples instrumentos al servicio de un fin concreto: enseñar.

## I

Centrándonos ahora en su análisis del *Reglamento* se advierte que no es sólo análisis, sino también crítica, en cuanto ofrece juicios sobre

---

(1) GENERALÍSIMO FRANCO: *Reglamento para el empleo táctico de las Grandes Unidades. Partes principales y análisis de las mismas*. Editado por el E. M. del Cuartel General del Generalísimo. Imprenta de Aldecoa, Burgos, agosto de 1938. III Año Triunfal. 238 págs.

GENERALÍSIMO FRANCO: *A B C de la batalla defensiva* (aportación a la Doctrina), 1944. Talleres del Servicio Geográfico del Ejército. Madrid, 98 págs., 16 láminas.

la verdad y bondad de las partes elegidas; comentario, porque las explica; y paráfrasis, porque además de explicar el texto, lo interpreta ampliándolo. Constituye, pues, una obra de metodología cambiante, en la medida en que se juzga que todos los cambios facilitan la comunicación de conocimientos, que es el fin esencialmente perseguido. No falta la exhortación a que su lectura se inicie con la seriedad e interés correlativos al magisterio del autor y al valor de sus juicios, quien al hacerla pone una pincelada de sensibilidad —*El hecho de que robando tiempo al descanso, os dedique este trabajo...*— que humaniza el mandato.

Su lenguaje directo y la exposición ajustada a la índole de cada materia, hacen la lectura de fácil comprensión en cualquiera de sus partes, lográndolo de una forma tan acertada, que parece como si su sencillez y claridad no fueran producto de la elaboración, sino algo espontáneo: la claridad y la sencillez mismas. No importa que en algún caso las ideas que se exponen sean complejas o abstrusas; no importa que puedan ser el resultado de años de estudio y de experiencia. Su redacción se producirá fluida, nítidamente, con un aire sutil de simplicidad que le da un eficaz atractivo: el de convencer al lector que su asimilación no le exigirá esfuerzo.

Podría temerse que ello encerrase inconveniente didáctico, puesto que para extraer de la obra hasta la última enseñanza implícita se necesita mucho más que una lectura superficial; pero es un riesgo que parece intencionado, confiando en que su estructura literaria y el cuidado con que se resaltan sus puntos de mayor importancia, inducirán espontáneamente a la necesaria reiteración. Otra particularidad que convierte en sosegada esa lectura, es su forma de expresión, curiosamente despersonalizada, que logra hacerse compatible, sin fractura del relato, con los corolarios personales y con frecuentes ejemplos, que incorporan un nuevo elemento de fluidez.

Otros aciertos podrían señalarse, pero baste el que nos parece encontrar en el subtítulo. Porque al enunciar éste que contiene las «partes principales» ha de pensar el lector que la mena está ya beneficiada, ahorrándosele el esfuerzo de la selección por la garantía personal de quien la ha realizado, con el aliciente general de todos los florilegios y la simplicidad de las crestomatías. A continuación dice «y análisis de las mismas». Y siendo así que el análisis tiene como primera acepción la de descomponer en partes, en la forma utilizada, apunta a su sentido cualitativo de aislar sus ingredientes y al gramatical de determinar sus categorías respectivas. En fin de cuentas, a prometer una lectura «rentable».

Estableciendo en forma porcentual la relación de comentarios que se hacen a los 187 artículos que comprende la obra, queda de manifiesto la total ausencia de predisposición enjuiciadora por parte del autor. Efectivamente; al treinta y dos por ciento de los artículos no se le agrega ninguno; al catorce por ciento se le hacen pequeños comentarios; el veintiocho por ciento los tiene de discreta amplitud; un die-

cisiete por ciento, de cierta extensión, y sólo un siete por ciento con latitud y prolijidad. O dicho de otro modo: casi una mitad de los artículos se reproducen sin más, la otra mitad apenas se comenta lo suficiente, y sólo el siete por ciento restante rebasa con creces la extensión de los artículos analizados.

El lector encuentra lo prometido. Enunciación de las partes principales del Reglamento y análisis de las que así lo justifican. Análisis que unas veces realza, otras aclara y algunas rectifica la doctrina. Aunque esto último sólo se haga en casos que se adivinan muy meditados y como con pesar, sin que el respeto impida al autor expresarse libremente.

No es tarea fácil destacar aspectos minimizados, porque Franco nada desprecia y a todo concede importancia. De resaltar algunos conceptos, podrían ser: la existencia de continuidad en la acción táctica, que una vez comenzada no debe sufrir pausa; la intensidad de su ritmo por lo de que «el tiempo es oro»; la explotación tenaz del éxito en un «crescendo» vertiginoso que impida la reacción del adversario; un trabajo sin freno, y la previsión indispensable antes de que la acción se inicie. Trabajo para la mejor elección del campo de batalla y de los observatorios —una de sus grandes preocupaciones—, en los reconocimientos, para saber lo más posible sobre el adversario; en situar las posiciones en contrapendientes que proporcionen economía de bajas propias e incremento de las enemigas; en la dosificación de fuerzas para disponer de las mayores reservas porque con ellas —y la artillería— el jefe hará sentir su peso en la batalla; en jugar los medios para hacer factible la sorpresa, en... hacer lo imposible por cubrir cualquier requicio por donde —en el peor de los casos— pudiera intentar infiltrarse el fantasma impensable de la derrota.

Se diría que Franco no admite subjetivamente, la posibilidad de su derrota, mientras, objetivamente, sabe muy bien que ésta se podría producir. Se diría que ello constituye un dilema que rige su vida; se diría incluso que ésta fuera su grande y resuntiva obsesión. En la derrota propia se plantea el existir o no existir, como en Hamlet, pero con una inapreciable ventaja sobre él: su inmensa fuerza moral.

En esta fuerza moral se apoya Franco —firme, convencido— para resolver la disyuntiva, dejando siempre la posibilidad de existencia de su derrota en forma condicional. La derrota podrá existir, pero bastará con poner los medios que cieguen el manantial de donde pueda brotar. En lo subjetivo era muy fácil, y en lo objetivo también, pues a Dios rogando, pero dando con el mazo del realismo y de la extrema tenacidad, por lo que Franco todo lo analiza, trata de preverlo todo.

Esta conjunción de circunstancias justifica que, con frecuencia, Franco forme juicios diferentes y aún opuestos a los de quienes disponen de sus mismas fuentes de información; e incluso el que un observador superficial crea ver contradicción entre dos opiniones apa-

rentemente referidas a un mismo objeto. Tal es el caso de los carros de combate.

En Africa, cuando después de la acción de Ambar la pérdida de los carros de asalto hace decir a los más que constituyen un fracaso, Franco escribe en su *Diario de una Bandera*. «Los carros de asalto y tanques son de gran aplicación en esta guerra.» Todo en mayúsculas. Y acentuando el compromiso se emplaza ante los demás: «veremos si el tiempo me dá la razón.»

Cuando en 1938 aquel vulnerable carro africano —dotado con una sola ametralladora— ha logrado mayoría de edad por incrementos de protección, armamento, velocidad..., cuando el carro ha adquirido probanza de naturaleza bélica que confirma —para todas las guerras—, el vaticinio de Franco en 1921; cuando sus tropas se enfrentan a los entonces temibles carros T-26 y BT-5, rusos, Franco no titubea en sentenciar: «Al compás que aumenta la potencia de los medios blindados, surgen nuevas armas eficaces para combatirlos. Si la acción de una masa de tanques aparece como impresionante por su potencia y efectos morales, sin embargo, esa acción, temible ante una fuerza desmoralizada, cambia totalmente ante una Infantería bien dotada y con elevada moral.»

*Cambia totalmente.* La acción y la actitud de Franco. Como una larga cambiada a la derrota; una táctica taurino-militar, torera y con temple. Los pies aplomados y el corazón encendido —que Dios reparta suerte—. La precisión y el análisis, manos firmes que giren la recia capa —factor moral— quebrando la embestida poderosa hacia el campo anodino del fracaso o la esterilidad.

Es fácil encontrar testimonios de lo dicho y sirven bien los ejemplos que aportan Hills y Aznar, tomados no sólo porque aquél sea extranjero y éste español, sino porque refiriéndose a dos guerras distintas, confirman mejor y más por extenso, la constancia de los criterios expuestos.

Refiriéndose a Alhucemas nos dice el biógrafo Hills que Franco instaría una y otra vez a sus Jefes de C. E. y División: «efectuad reconocimientos; aseguraros de que sabéis dónde se encuentra el enemigo, de que sabéis lo que estáis haciendo; aseguraros de que todos los demás saben lo que debéis hacer; averiguad cuál va a ser el clima imperante..., sorpresa, sorpresa..., el tiempo es oro..., una vez hayáis abierto brecha, explotad vuestro éxito, no os entretengáis... Y más tarde añade aún; «Debéis contar con reservas...» (2).

Cuando Aznar pregunta a Franco sobre la batalla de Cataluña (3), le oye responder que «la realidad no ha desmentido, ni siquiera recti-

(2) GEORGE HILLS: *Franco. El Hombre y su Nación*. Ed. San Martín. Madrid, 1968, págs. 136 y 272.

(3) MANUEL AZNAR: *Declaraciones de S. E. 31-XII-1938*.

ficado un sólo detalle de mis planes y de mis proyectos de ofensiva», porque la batalla «ha sido minuciosamente estudiada y preparada». Y sobre la batalla del Ebro, las respuestas son más fehacientes a nuestro objeto, porque las circunstancias se inclinan tan favorablemente al enemigo que parece dibujarse ante Franco el fantasma de la derrota.

Le declara así a Aznar: «la batalla del Ebro es de todas las que ha librado el Ejército nacional en esta guerra, la más áspera y por decirlo así la más fea» porque el enemigo «bien cubiertos sus flancos, dueños del sistema de observatorios que domina la región, apretada la densidad de tropas que presentaba frente a nosotros y muy abundantemente nutridos los batallones rojos de armas automáticas, considerada, además, la escasa extensión del frente de combate, resultaba muy difícil, por no decir imposible y contraproducente, maniobrar desde el primer instante».

Téngase en cuenta que para Franco en esos momentos: «La guerra moderna podría definirse como una sucesión de batallas por los observatorios. Quien posea los mejores combate en condiciones de inmensa superioridad».

Sobran indicios racionales para augurarle la derrota. Pero, Franco es un convencido de que aun cuando los medios materiales sean adversos, puede evitarse esta derrota con el valor moral. Su tremendo valor moral —a Dios rogando—, la evita ciertamente. No sólo eso. Su agudeza táctica —valor intelectual— y sus previsiones en forma de acumulación de medios —con el mazo dando—, fuerzan el desarrollo de la batalla hasta el punto de convertirla en la victoria más trascendental de toda la guerra.

Sólo porque Franco decidió «aprovechar la coyuntura» que le ofrecían las circunstancias; porque si el campo de batalla era «enojoso» y las operaciones de desgaste tropezaron «con dificultades notorias», todas fueron «vencidas sistemáticamente»; porque la concentración de fuegos sobre un objetivo idóneo por su misma densidad material y humana, se tradujo diariamente en una proporción de bajas «de cuatro a una en contra del enemigo». Y porque al terminar las operaciones de castigo cuando surgió la posibilidad de maniobrar sobre los flancos, la maniobra se llevó a cabo con tal vigor que logró «producir el tremendo desplome de las líneas rojas».

Batallas, en fin, que dirige Franco siguiendo paso a paso el Reglamento..., con las particularidades que las circunstancias y su genialidad táctica le aconsejan, y con el duro comodín de su inquebrantable voluntad. ¿Genialidad? Sí ¿Triunfalismo? Hay que afrontarlo. Porque si triunfalismo viene de triunfo ¿cuándo más indicado su empleo que refiriéndose a un claro, imprevisible y señalado triunfo? Pues si Dehmel dijo de Chausewitz que éste marcó un jalón en la filosofía de la guerra al destacar la gran importancia del factor moral, Franco no sólo la tuvo en grado máximo, sino que además, con habilidad suma, logró despertarlo en el alma de sus solda-

dos, cuando el español de entonces lo tenía como dormido (4).

Valor moral pero con aprovechamiento de todos los medios. Por eso y como un medio más, Franco —que impulsa a utilizarlos todos al tope de su rendimiento—, analiza el *Reglamento para el empleo táctico de las Grandes Unidades*. Y como todo debe preverse —todo lo posible— por eso la publica. Para que todos los demás sepan lo que se debe hacer llegado el caso y para que los suyos sepan aprehender la más cabal enseñanza del Reglamento, con las menores dificultades.

## II

Del *A B C de la Batalla Defensiva* cabría decir que es una obra llena de congruencia, en cuyo punto de arranque se armonizan las razones de categoría, situación-presente y futura previsible-e ideas clave del autor.

Porque si para el Generalísimo Franco no hay dudas de que «el jefe se hace», ni de que los errores tácticos malbaratan las mejores concepciones de los mandos superiores, así como de que el mando supremo de los Ejércitos le va a corresponder vitaliciamente, es natural que se esfuerce en crear e imponer una doctrina propia que informe y dirija a sus jefes en las acciones tácticas. En la misma línea debe crear una doctrina como fruto unívoco del estudio, de la reflexión personal, de la propia experiencia y del contraste con «los errores ajenos»; que será impuesta a los jefes como prerrogativa de la propia categoría, pero redactada en términos de la mayor «claridad y sencillez», por servir a un propósito docente.

Por esas razones la generación y desarrollo de tal doctrina habrán de rastrearse como surgiendo del pentagrama de conceptos cuya pauta acabamos de dibujar. Si bien —y esto es curioso—, se tenga la impresión de que, cronológicamente, el orden pudo haber sido: propia experiencia, estudio de tratadistas clásicos, reflexión y contraste. Pues, si en lo relativo a conocimientos militares Franco da la impresión continua de estar «en línea», subjetivamente produce la de que su estudio de Clausewitz, no fue anterior a su campaña marroquí. Y Clausewitz es el tratadista que más parece influirle, aunque sin llegarle a condicionar, pese a que tal influencia está clara sobre nuestros Reglamentos.

La experiencia africana, refleja no sólo sus conocimientos militares, sino su afición al estudio de la historia; y en su fortificación característica —«el blocao»—, es donde queda situado el antecedente inmediato de lo que más tarde se denominaría «subelemento de resistencia» heredero indirecto para Franco de las torres del homenaje

(4) DEHMEL: *Wisen und Wehr*, núms. 3-4 de 1944, citado en «Los principios fundamentales de la dirección de la guerra», por Carlos de Clausewitz, pág. 34, traducción del Comandante Ruiz Hernández. Ed. Gran Capitán, Madrid.



Vozes

Huesca = cohe hizo el

embalsamado Varos

bloccos de seguridad

Villamayor

Fuente - Mediana

Jaulin

Villanova de Huerva

de Vivel - Antel' Rebio

Buena - Camined-

Teruel y Luenda

2 Carretera de estenderos.

Carretera de Volado

lecta del Rio del apula (espum  
a casa de Campo.)

Reunio

Puente sobre el ferrocarril

Puente la Reina.

Volado

Malavena.

Ydr para el puente

y los baluartes. Subelemento que viene a constituirse a su vez en pieza maestra del *A B C de la Batalla Defensiva*, fruto de experiencia propia que —curiosamente también— aparece desbrozada de cizañas arcaicas en el antecedente de sus «Instrucciones» para la guerra de Liberación, como síntoma evidente de una reflexión profunda y de agilidad e independencia de criterio.

El examen de las «Instrucciones» y órdenes del Cuartel General del Generalísimo, induce a establecer que el proceso de evolución por el que se llega al *A B C de la Batalla Defensiva* se apoya principalmente en aquéllas, pudiéndose establecer que:

Una primera frase está en la «Instrucción sobre modalidades de la organización del terreno» de fecha 21 de febrero de 1937 (1), cuya razón de existencia fue el gran número de bajas que la artillería causaba en sus tropas y que según las inspecciones de los frentes se debía al empleo de sistemas de fortificación anticuados. Consecuentemente, Franco proscribió la trinchera-abrigo continua, prescribiendo, en cambio, una fortificación moderna que define ya como *inscribir en el terreno el dispositivo de combate*; señalando la necesidad de pasar en la defensiva al orden «escaqueado y profundo», así como la importancia de los observatorios, el valor de las líneas de crestas para situarlos —nunca para establecer en ellas posiciones militares—, la consideración del obstáculo, de los planes de fuego, y de los campos de tiro despejados.

El segundo paso son las «Instrucciones para la organización defensiva del terreno», del Cuartel General del Generalísimo, fechadas en octubre de 1937 (2) que, completando la anterior, se extiende a los conceptos de distribución de fuerzas, asentamientos artilleros y defensa contra carros y apareciendo en ellas los «Elementos de Resistencia», «Puntos de Apoyo» y «Centros de Resistencia».

El tercer paso, en fin, lo constituyen las «Instrucciones referentes a la organización del terreno en la defensiva», de 3 de agosto de 1938, que se conservan autógrafas para mayor mérito. Parecen dar por asimilados los conceptos expuestos en las anteriores y adoptan ya tono de doctrina. En ellas encontramos la forma textual que luego repetirían los «guiones» de las Academias militares; «Fortificar es inscribir en el terreno, enterrándolo en él, un dispositivo de combate»; y conceptos defensivos —aún el de la propia defensiva en general— que, unas veces resumidos y otras extendidos, aparecen luego en el *A B C de la Batalla Defensiva*.

En las «Instrucciones» de octubre del 37, junto a unos gráficos expresivos de la vulnerabilidad que ofrecía para el soldado la fortificación típica de trinchera en zig-zag, aparece ya un nuevo modelo de fortificación constituida por «puntos unidos por paralelas». que —a falta de otros documentos— podría considerarse el embrión de donde, por metamorfosis sucesivas surgiría el «subelemento de

(1) A. G. L. (A-7, L-358, C-42, subcarpeta 1).

(2) A. G. L. (A-7, L-358, C-42, subcarpeta 2).

resistencia». Supone sin duda un avance sobre la trinchera clásica, y tiene las ventajas de que «no existen puntos de flanqueo. Los proyectiles de mortero localizan sus efectos. La rompedora a tiempos no coge más que un punto. Los carros de combate no enfilan las trincheras y son inofensivos. Efectos de aviación casi nulos».

En otro gráfico, correspondiente a «*Posición de compañía aislada. Terreno poco movido. Dos compañías aisladas y una de sostén*», se indica claramente una trinchera continua adaptada al perímetro del terreno en su faja de altitud media que, bordeada por pozos de tiradores a los que la unen pequeños ramales, rodean la posición frontal y lateralmente, conteniendo en su interior a los fusiles ametralladores de la sección de sostén y los P. C. unidos también por ramales a dicha trinchera continua. En tanto que la parte posterior de la posición queda ocupada por una trinchera corta —continua— a la que se unen por ramales los pozos de tirador y cuya misión es la «vigilancia del frente de gola. Asentamiento de los fusiles ametralladores de sostén», muestra facilidad de defensa en todas direcciones; la acción del jefe queda simplificada, y representa en cierto modo un punto de despegue de la fortificación arcaica hacia el futuro «subelemento». Cuyo escalón siguiente podría ser considerado el hecho de que, para terreno llano, la zona central del frente queda cubierto por un trozo de trinchera —con sus correspondientes pozos unidos— que es independiente del resto.

Por último, existen cuatro «subelementos» cuyas diferencias esenciales radican en la supresión del «abrigo para los hombres» y la aparición, en su lugar, del puesto de mando.

Las «Instrucciones y Ordenes» de 1938 resultan decisivas a la hora de fijar la evolución que conduce al «subelemento» —repetimos, pieza maestra del *A B C*—, por contenerse en ellas el penúltimo eslabón de la cadena que tratamos de definir. Contienen, en efecto, croquis de entre los cuales merece la pena subrayar el resultado de la comparación entre cinco de ellos y otros tantos —dos a dos— del *A B C de la Defensiva*; muy especialmente entre uno de los titulados «Puesto le Pelotón. Un fusil ametrallador» (3), que sólo se diferencia del «subelemento de resistencia» dibujado en el *A B C*, por el hecho de que éste carece de «refugio». Por lo que viene a ser casi una partida de nacimiento del subelemento.

La diferencia entre ambos —el refugio— puede corresponder muy bien a la materialización de una experiencia y de una reflexión de Franco: Que muchas unidades han sido capturadas en «abrigos» y que su ausencia contribuye a que el soldado venza su instinto.

En resumen, el «subelemento de resistencia» es el sucesor directo del blocao, teniendo por objeto como él «extremar la resistencia, no obstante las pérdidas», circunstancia que obliga a mantener «relación estrecha de vecindad entre los hombres, punto de apoyo íntimo de los fuegos, y una acción directa del jefe». Por ello no puede con-

(3) A. G. L. (A-7, L-358, C-44).

siderarse casual la coincidencia de que —lo dice el propio Franco— «nuestras campañas coloniales nos demostraron la incapacidad de los moros, para tomar nuestros blocaos», y así también «los milicianos rojos..., son incapaces de conquistar uno sólo de estos puestos cuando están bien situados y fortificados», pudiendo también sostenerse que, prácticamente, el «subelemento de resistencia» naciera lo más tarde, el 3 de agosto de 1938.

La extensión dedicada a esta evolución por la que se llega al «subelemento de resistencia», se justifica por la probabilidad de que Franco diera importancia básica a conseguirlo por la influencia prioritaria que concede al terreno para conseguir el éxito en la batalla defensiva.

Considerando ahora el *A B C* como un conjunto, pensamos que Franco lo redacta porque su sentido de responsabilidad siente como un agujijón la ausencia —a nivel mundial—, de una doctrina defensiva rigurosamente adaptada a la eficacia creciente de las armas y medios modernos.

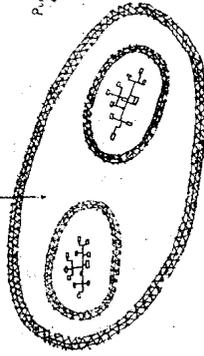
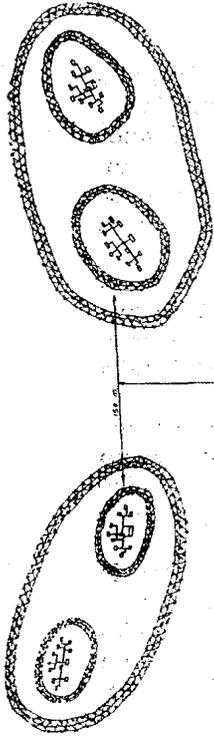
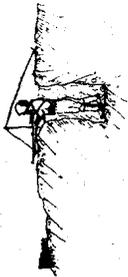
Esa inquietud, acusada desde el comienzo de su vida militar le acompaña a lo largo de la misma —según demuestran entre otros los datos anteriormente enumerados— y no cesa hasta que a los treinta y cinco años de elaboración y perfeccionamiento continuos, dan un fruto maduro acabado. Treinta y cinco años de experiencias, reflexiones y contrastes, que se entregan generosamente —en un país en que el afán de notoriedad y la avaricia de ideas propias, no son infrecuentes—, vale tanto como un certificado de lo que en lenguaje psicológico se diría instinto de transitividad; tanto más evidente cuanto que ese fruto obtenido, se ofrece al mayor número posible de presentes o futuros jefes de Unidad.

Es oportuno indicar que las «Instrucciones y Ordenes» del Cuartel General del Generalísimo se entregaban por escrito sólo hasta los jefes de batallón —quienes las comunicaban a sus inferiores de palabra— y más tarde sólo hasta los de brigada, para evitar que cayeran en poder del enemigo e impedir que éste las utilizara en su provecho como alguna vez había ocurrido en los principios de la guerra.

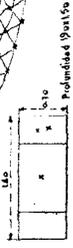
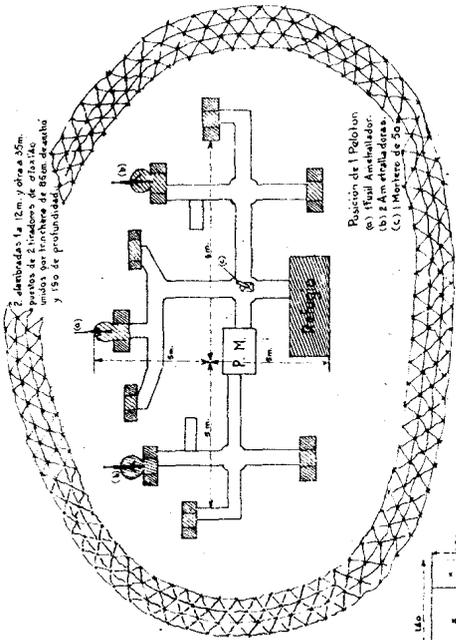
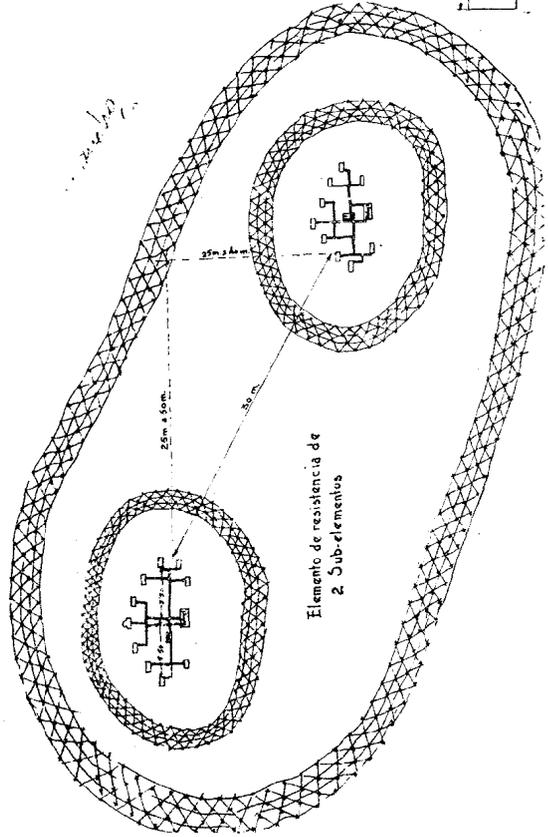
El *A B C de la Defensiva* es, pues, una obra de fines didácticos, ajena a cualquier otro propósito que no fuera el de divulgar y conseguir una correcta unidad de doctrina, como lo demuestran el estilo en que está redactada y su misma presentación, en un formato tan reducido, que permite guardarla en cualquier bolsillo, para facilitar —y quizá para sugerir— a sus destinatarios la idea de llevarlo siempre consigo.

Se logran en el texto los propósitos declarados de claridad y sencillez y además, una gran concisión. Las miras del autor —Franco propende siempre a los grandes objetivos— son, el evidente de divulgar su doctrina creando unidad y —quizá— el subconsciente de transmitir a sus jefes las propias cualidades personales, en la medida de lo posible.

Empuro de la tierra individual con el cable  
 sobre la volta de fricción



Punto de apoyo de  
 Compañía



Esquemas de las Instrucciones del C. G. del G. de 3 de agosto de 1938 sobre *La Organización del Terreno en la Defensa* (autógrafas del Generalísimo) (A. G. L.: A-7, I-358, C-44).

Por la elevación de esas miras, faltan en la obra preocupaciones habituales en los escritores, que aquí están como olvidadas, porque se las supedita a la finalidad de hacerse fácilmente comprensible.

Cuando lo cree necesario, Franco subordina la brillantez de estilo a la claridad; como por ejemplo, modificando la definición original de que fortificar es inscribir en el terreno un dispositivo de combate, por la forma reiterativa, menos elegante, pero más explícita y eficaz, de que fortificar es inscribir *en el terreno, enterrándolo en el*, un dispositivo de combate.

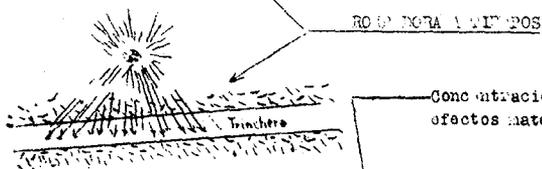
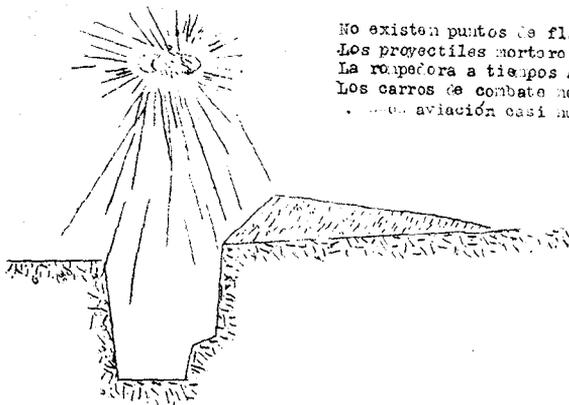
Lo mismo recurre a frases gráficas: «todo lo que se ve se destruye», o a grabar una idea-imagen: «la marcha del gusano»; que se potencia apoyándola con el recuerdo de su éxito en la realización práctica. «En nuestra Cruzada demostró su eficacia aquel sistema escaqueado que preconizamos.» Expone brevemente ejemplos de las funestas consecuencias que trajo olvidar las reglas por él propugnadas, y dice: «... esta terminante doctrina, que aparece tan clara, ha encontrado siempre una resistencia en su aplicación no sólo en nuestro Ejército, sino en la mayoría de los extranjeros». Para resaltar la idea le sirven igualmente citar los fortines griegos que, coronando las cumbres de las montañas, parecían estar pidiendo la concentración eficaz de los materiales pesados; los fuertes belgas, con tal concentración y densidad de elementos que facilitaban los bombardeos aéreos; o los trincherones de los frentes ruso y africano. También el ejército de Paulus, sucumbiendo en el laberinto de Stalingrado por olvidar que las poblaciones son los lugares «donde más se pierde la acción del mando, y que lleva ventaja el que desde fuera se dedique sistemáticamente a destruirlas».

Franco tiende, pues, a conseguir la aceptación y grabación íntima de sus preceptos, tanto en forma positiva por la autoridad de quien los dicta, como por la negativa del perjuicio seguro que acarreará el no seguirlo. Y ello, de forma universal, presentando consecuente y habilísimamente tales preceptos, no ya como productos de elaboración propia, sino como verdades en sí mismas y por lo tanto, universales. Es decir, no como creador sino, simplemente, como descubridor.

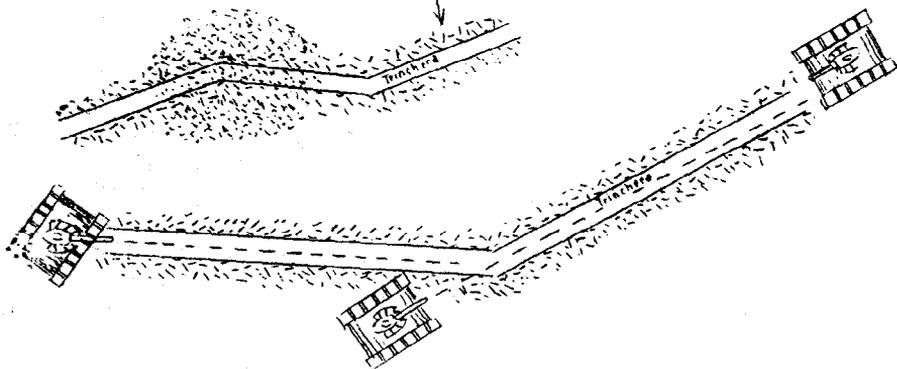
Su sistema de exposición es flexible, buscando acomodarlo a las características de las ideas que desarrolla. Si por su número o por la posible dificultad de asimilación, lo estima conveniente, primero las justifica, luego las desgrana y por fin las presenta compendiadas. Así lo hace para la elección del campo de batalla. Pero no siendo ese el caso, prefiere sintetizarlas y fijar su trascendencia por el contraste con una frase breve o intuitiva que, a modo de sentencia, clave la idea. Como explica, por ejemplo, la dosificación de fuerza, diciendo por una parte que sin ella y sin artillería pasa el jefe a convertirse en un simple espectador de la batalla, para dejar sentada, más tarde, su máxima de la «usura de fuerzas».

Si la diferencia entre sus ideas y las aceptadas hasta entonces es

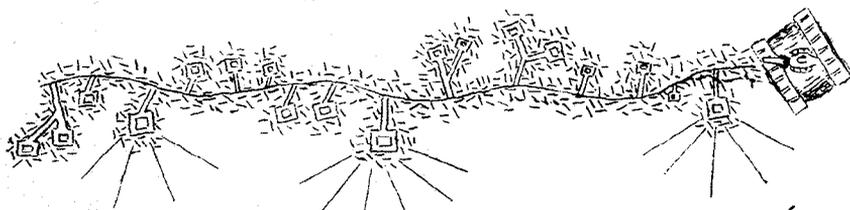
No existen puntos de flanco  
 Los proyectiles mortero localizan efectos.  
 La rompedora a tiempos no corre más que un punto  
 Los carros de combate no enfilan trincheras y son inofensivos.  
 ... la aviación casi nula



Concentración de impactos con los efectos materiales y morales



Carros sobre trincheras



Fortificación de puntos unidos por paralelas

Esquemas de la Instrucción del Cuartel General del Generalísimo de 21 de febrero de 1937 sobre Modalidades de la Organización del Terreno (A. G. L.: A-7, L-358, C-42).

muy acusada, Franco afirma llanamente que antes se tuvo una apreciación carente de objetividad.

Si concede una importancia capital a la defensiva, no contradice, ni mucho menos, que la ofensiva conduzca a la victoria. Al contrario, su espíritu es tan dado a la ofensiva, que en el fondo se le adivina una especie de repugnancia hacia defensiva. Por eso la define como actitud condicionada por la ventaja de que hace posible mayor resistencia con pocas tropas, ganando así el tiempo necesario para pasar a la ofensiva. La defensiva es capital, porque es mayoritaria en extensión y porque las ofensivas están separadas entre sí por largos estacionamientos. Su finalidad —lo dice repetidamente—, «es destruir y a ser posible aniquilar al enemigo bajo los efectos de un sistema de fuegos», preparado concienzudamente.

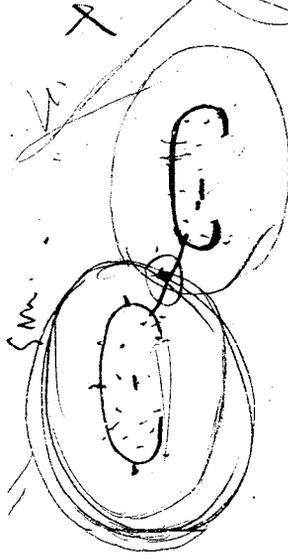
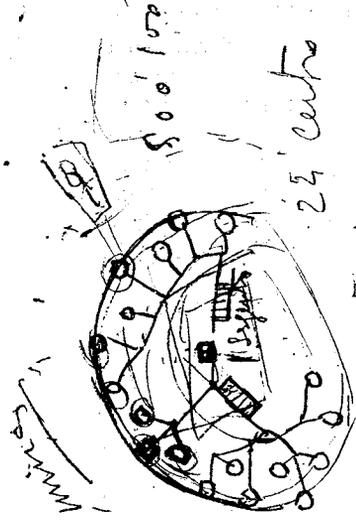
La defensiva por lo tanto, la concibe sólo al servicio de la ofensiva, y su impronta insoslayable debe ser una exhaustiva preparación. Sin escatimarle esfuerzo, dedicación o estudio y sin desaprovechar medio alguno; buscando el desideratum de no dejar nada al azar ni para última hora.

Resulta interesante observar cómo por su espíritu ofensivo, Franco, se manifiesta subconscientemente inmune a la derrota; y como incapaz de admitir su posibilidad dice: «El que libra una batalla defensiva debe tener confianza plena en que no se pierda»; pareciendo que lo más a que puede llegar el atacante es a «poner en peligro el frente». Se diría que por un instante siente la atracción de perder su ecuanimidad y negar la existencia de la derrota. Podría haber sido; pero inmediatamente vuelve al dominio de sí mismo y, en un tropismo que quiebra la idea, habla de zonas de detención que, preparadas de antemano, evitan la derrota.

Este final que, como solución ecléctica entre deseo y realidad, le llevan de hecho a no admitir la derrota —ya que siempre hay medios de eludirla— se sustenta en el valor que concede a la fortificación enterrada y a la moral del combatiente. Condicionada, claro está a que el aprovechamiento del terreno sea máximo, y a que la moral del combatiente se cuide hasta el punto de no ponerlo «en trance de ser heroico». Y, por supuesto, a no incurrir en errores tácticos. Porque, cuando se incurre en ellos —aquí brillan con fuerza la objetividad, la penetración y el realismo de Franco—, sucumben lo mismo los heroicos, que los mediocres o cobardes.

Fortificación enterrada, y moral del combatiente son «el medio más eficaz en que se apoya la batalla» defensiva. Ahora bien; la primera toma su importancia del efecto que produce sobre la segunda. La eficacia del blocao —lo dejó escrito Franco—, nace de que «reforzaba la moral propia y rebajaba la del enemigo». Si la carencia de fortificación elevara la moral del combatiente, aquélla se suprimiría de un plumazo. No es un decir. Ahí está el antiguo «refugio» eliminado del subelemento, porque al familiarizar al soldado con la batalla, eleva su moral.

Don Juan  
 los pentagramas  
 para extremados  
ofense - fuera del centro  
 de gravedad (fuerza de X)  
 puntos que se mantienen  
 a distancia - permanentes  
 Colocar de precisos -  
distancia de extremados, unión  
 a el - aplicados - los permanentes  
 = la punto bi la línea  
 principal  
 = línea de inclinación



punto en coros  
 distan de leyenda y grado  
 a mano



Quizá parte todo de que el soldado español —pensando en el cual escribe—, tiene fama bien ganada de ser muy apto para la defensiva. Cosa que Franco admite después de analizarlo, como siempre, pero no tal cual se lo dan, sino —como casi siempre—, añadiéndole una apreciación personal. La de que el soldado español es el mejor del mundo para la defensiva y para la ofensiva. Y lo dice en 1938 a don Manuel Aznar, para todos, para que se publique.

Lógicamente se produce aquí, una trasfencia de sus propias cualidades, al común de los españoles ¿Sobrevaloración del soldado español? ¿El juicio más exacto que de éste se ha hecho en la historia?

Que cada uno —Historia inclusive—, lo juzgue por su cuenta. Pero Franco, excepcional sin lugar a duda, así lo dejó escrito.